

## De la (im)pertinencia del obrero como objeto de estudio de la antropología social\*

---

Jordi Roca i Girona

---

**A** pesar de que el nacimiento de las ciencias sociales está íntimamente relacionado con los cambios acaecidos en el contexto de la revolución industrial —una revolución de amplio alcance que, como tal, abarca la práctica totalidad de las esferas de la realidad social, si bien la base de la misma, recuérdese, es de carácter productivo, directamente conectada, por tanto, con la esfera del trabajo—, los orígenes del análisis del trabajo en contexto industrial por parte de la mayoría de las citadas ciencias no se halla prácticamente hasta bien entrado el siglo XX con el que constituye en buena medida el mito fundacional de este tipo de investigaciones: el estudio de Hawthorne. No en vano, el también llamado experimento Hawthorne —la planta de la Western Electric Company ubicada en Chicago y Cicero (Illinois) que sirvió de base al estudio realizado entre 1927 y 1932— representa el nacimiento de una nueva tradición investigadora, la Escuela de Relaciones Humanas, que sustituirá al llamado «hombre económico» característico del taylorismo por la imagen de los trabajadores unidos por intereses sociales y psicológicos (Schwartzman, 1993:13) o, lo que es lo mismo, por el «hombre o trabajador social». El liderazgo inicial de este movimiento corresponderá al psicólogo Elton Mayo, director por aquel entonces del Departamento de Investigación Industrial de la Universidad de Harvard y persona que había recibido la influencia de la escuela funcionalista de antropología, particularmente de la metodología del trabajo de campo de Malinowski y la analogía orgánico-biológica de Radcliffe-Brown (Holzberg y Giovannini, 1981:319).

La Escuela de Relaciones Humanas inauguraba, pues, el interés y la presencia de los científicos sociales por y en el mundo del trabajo industrial, y lo hacía, además, bajo unos presupuestos claramente interdisciplinarios, que dieron cabida en el citado estudio fundacional a psicólogos sociales, sociólogos y antropólogos como W. Lloyd Warner, cuya aportación teórica y metodológica al estudio fue decisiva<sup>1</sup>. El mensaje, sobre todo metodológico, de Hawthorne fue seguido por un importante grupo de investigadores norteamericanos durante las décadas de 1930 y 1940, hasta el punto de que a principios de los años cincuenta parecía que la antropología podía llegar a ser una fuerza significativa en

este terreno de la mano de autores como Eliot Chapple, quien en el año 1953 llama la atención sobre la importancia y el potencial del campo de la antropología aplicada a la industria. Diversas razones, no obstante, truncaron estas expectativas y la antropología se batió en retirada de un campo de investigación al que tan significativamente había contribuido, aportando, por ejemplo, el uso de la metodología etnográfica y cualitativa –la estrategia combinada de la entrevista y la observación– o del propio concepto de cultura al vocabulario de la investigación organizacional, y cediendo el terreno a otras disciplinas sociales como la sociología, la psicología, la economía, la administración de empresas o la ciencia política. Las razones de este abandono deben buscarse tanto en el énfasis de los antropólogos por el interés en documentar sobre todo prácticas productivas tradicionales y formas de organización del trabajo pre o no industriales (Nieto, 1994:29) como en el cambio de línea de investigación que la mayoría de antropólogos norteamericanos-pioneros en el terreno del análisis del trabajo industrial (B. B. Gardner, W. Lloyd Warner, F. L. W. Richardson, W. F. Whyte, E. D. Chapple...) llevaron a cabo así como en el hecho de que el interés por la aplicabilidad del conocimiento y los métodos antropológicos a la industria<sup>2</sup> que tan a menudo habían manifestado los antropólogos industriales resultaba problemático para un gran número de miembros de la disciplina que deseaban separar claramente la vertiente aplicada de la investigación pura<sup>3</sup>.

Tras este paréntesis que abarca las décadas de los años cincuenta y sesenta, en las décadas posteriores de 1970 y 1980, en la medida en que las «sociedades complejas» se convirtieron en objeto de análisis antropológico, asistiremos al «redescubrimiento» y a un revalorado interés por parte de la antropología del mundo del trabajo industrial y del estudio de las organizaciones formales industriales. Los trabajos realizados en esta dirección desde 1970<sup>4</sup>, que para el caso norteamericano pueden interpretarse como una reacción y una extensión de la tradición de la Escuela de Relaciones Humanas iniciada en Hawthorne y que han sido agrupados bajo tres tendencias –estudios de antropología del trabajo, de cultura organizacional y de análisis de procesos organizacionales y su relación con sistemas más amplios– (Schwartzman, 1993:27), tienen sin duda parte de su origen en el reto lanzado por la antropóloga norteamericana Laura

Nader en 1969, quien propone, o se pregunta qué pasaría si, reinventando la antropología, los antropólogos se dedicaran a estudiar a los colonizadores más que a los colonizados, la cultura del poder más que la cultura de los impotentes, la cultura de la opulencia más que la cultura de la pobreza (Nader, 1969:289)<sup>5</sup>. No deja de ser significativo que tal propuesta condujera a la autora al terreno de la llamada antropología del trabajo.

Esta que podríamos llamar segunda etapa de los estudios antropológicos sobre el trabajo industrial no se circunscribe únicamente, como sucedía con la primera, a los Estados Unidos. En México, donde un temprano trabajo de C. Esteva-Fabregat (1955)<sup>6</sup> constituye el antecedente más lejano de la tradición investigadora en este terreno, a partir del impulso de Ángel Palerm surge también en la década de los setenta un gran interés por la problemática del trabajo industrial por parte de los antropólogos de este país.

En un ámbito geográficamente más cercano a nosotros se puede considerar que este tipo de planteamientos que se han analizado hasta aquí constituyen una realidad más modesta y/o un tanto diferente<sup>7</sup>. Si bien con unos objetivos analíticos y discursivos distintos de los que nos proponemos aquí, I. Moreno (1991) y P. Palenzuela (1995), interesados en superar lo que consideran constricciones y limitaciones del concepto de antropología o etnología industrial mediante la propuesta de definición y uso del concepto de culturas del trabajo, pieza clave de la a su parecer más correcta acepción de antropología del trabajo, han presentado y discutido algunas de las principales aportaciones de la antropología francesa y la sociología del trabajo italiana al estudio genérico del trabajo, destacando el énfasis en los conocimientos y saberes contenidos en los procesos de trabajo de la primera<sup>8</sup> y el interés en el tema de las representaciones e ideologías sobre el trabajo de la segunda.

La situación en el contexto del estado español se caracteriza por una escasa y tímida producción en este terreno. Ello, sin duda, puede parecer un tanto sorprendente si tenemos en cuenta que la expectativa de desarrollo de este tipo de temática en la década de los setenta, precisamente en el mismo período en que como se ha señalado se produce el segundo gran impulso de estos estudios sobre la problemática del trabajo industrial en Estados Unidos y

México, prometía ser bastante esperanzadora. En efecto, ya en 1973 aparece el trabajo teórico de C. Esteva bajo el expresivo título de *Antropología Industrial*, mientras que en 1977, en el marco del Primer Congreso Español de Antropología, la conferencia inaugural pronunciada por M. Godelier (1980) versará precisamente sobre esta temática. Si exceptuamos la monografía realizada por Terradas (1979), lo cierto es que estas propuestas teóricas parece ser que tuvieron escasa incidencia sobre la antropología española, a juzgar por la ausencia de investigaciones a nivel empírico y de discusión teórica en esta línea (Comas, 1990:1-2)<sup>9</sup>. En tanto que para la mayoría de casos que hemos analizado la aparición de un interés por parte de la antropología por el mundo del trabajo industrial es una consecuencia más o menos inmediata en el tiempo de los procesos avanzados de industrialización de los respectivos países, en el caso de la antropología española la lógica imperante parece ser significativamente distinta. Ante la expansión del trabajo industrial y, sobre todo, de sus formas de organización, la antropología española parece agarrarse al estudio de los «últimos primitivos», parece buscar, por encima de todo, al buen salvaje incontaminado, es decir, rural, y cuanto más exótico, esto es, más alejado del supuesto «progreso» y «desarrollo» representado por las formas de vida, organización y producción industriales, mejor. De ahí que los estudios sobre el campesinado constituyan el núcleo de una parte importantísima de la producción de la disciplina y que se haya puesto el acento y el interés en el estudio de procesos laborales o prácticas productivas tradicionales<sup>10</sup>. De este modo, acaba teniéndose la impresión de que sigue en plena vigencia la originaria división internacional del trabajo intelectual impuesta por el desarrollo del capitalismo y del modo de producción industrial según la cual, por ejemplo, las sociedades «complejas», «civilizadas», «desarrolladas», industriales y urbanas constituirían un coto exclusivo de la sociología mientras que a la antropología le habría correspondido en el reparto ocuparse del otro polo de las imaginarias parejas, esto es, de las sociedades «primitivas», «no complejas o simples», «no desarrolladas», preindustriales, rurales o campesinas (véase Menéndez, 1977 y 1991). En consecuencia, la antropología del trabajo industrial constituiría una suerte de contradicción de la disciplina, susceptible incluso de ser acusada

o de autoinculparse de intrusismo en un terreno que no le corresponde. Su campo de actuación «natural», por consiguiente, estaría formado por todas aquellas actividades productivas pre o no industriales, fundamentalmente aquellas pertenecientes al llamado sector primario, puesto que las correspondientes al sector terciario si bien podrían compartir el criterio de actividades no industriales por un lado, por el otro se situarían en el polo opuesto de las preindustriales, al ser consideradas por algunos autores como características precisamente de la llamada sociedad postindustrial [véase D. Bell (1976) y A. Touraine (1973)]. Ante un planteamiento de esta naturaleza, que sería bueno evaluar hasta qué punto se halla instalado en el seno de la comunidad de antropólogos españoles y cuáles son las razones, si epistemológicas o simplemente acomodaticias, de vacilación recelosa o ausencia de coraje, que se aducen en su defensa, cualquier intento que desde la antropología pretenda acercarse al análisis de algún tipo de realidad productiva perteneciente al sector industrial deberá soportar en mayor o menor medida, consciente o inconscientemente, toda esta serie de consideraciones que he apuntado. Ello explica, según creo, tanto la notoria escasez de trabajos en este terreno como la timidez y falta de audacia de buena parte de los intentos que se han realizado en esta dirección; intentos que por esta misma razón parecen perseguir el resguardarse bajo el amparo de una suerte de nicho residual y marginal del amplio campo que ofrece la investigación de la problemática del trabajo industrial. Así, después de que haya tenido que transcurrir más de una década desde el trabajo pionero de C. Esteva en 1973 para que aparezca de nuevo el interés por temas relacionados con el estudio del ámbito laboral industrial, éste se centrará mayoritariamente en el análisis de la llamada economía sumergida, frecuentemente asociado a la problemática específica de la fuerza de trabajo femenina, o de actividades de carácter artesanal y tradicional<sup>11</sup>. Las personas incluidas en este tipo de realidades productivas, según parece, vendrían a representar «el otro» de una antropología de la sociedad industrial avanzada que ya hace tiempo se quedó huérfana de su objeto de estudio tradicional. Y ello es así, precisamente, porque si la base productiva central de la llamada sociedad industrial es, lógicamente, la industria, el auténtico protagonista de la misma es, sin lugar a dudas, el obrero. Basta

una simple mirada intencionada a algunos índices temáticos de obras que se ocupan de cuestiones relacionadas con el mundo del trabajo desde la antropología y la sociología para comprobar el contraste entre los respectivos focos de interés disciplinarios. Así, al ya mencionado énfasis de la primera en los procesos laborales tradicionales, no industriales y/o más o menos marginales de la producción industrial con sus respectivos protagonistas, la sociología, en sus múltiples aunque escasamente delimitadas subdisciplinas surgidas al efecto –sociología del trabajo, industrial, de la empresa...–, opone una atención privilegiada a la organización industrial y a los correspondientes integrantes de su estructura socioprofesional –director, técnico, empleado, mando intermedio, obrero...–. Parece, pues, que la división del trabajo intelectual a la que nos referíamos anteriormente sigue en plena vigencia<sup>12</sup>. Aunque quizá, dentro de esta lógica que convierte en tabú el estudio desde la antropología de los aspectos centrales del modo de producción industrial, no tengamos que esperar mucho para asistir a un cambio radical de actitud. Tan sólo lo suficiente para certificar, de acuerdo con los postulados básicos de los defensores del concepto de sociedad postindustrial, el desplazamiento de la actividad industrial, y con ella el del obrero, a posiciones crecientemente marginales y residuales dentro del modo de producción imperante. Ello, evidentemente, sería tanto como decir que en la medida que los obreros pasan a formar parte del pasado y empiezan a constituir una «especie» exótica, en vías de extinción, van despertando también el interés y reclamando la atención de los antropólogos. Ello, a su vez, alcanzaría la perfección de reproducción de la lógica apuntada en la medida también que la otra referencia de la diáda, los sociólogos, hace ya algún tiempo que decidieron abandonar a su suerte al «auténtico» obrero industrial, el trabajador de «cuello azul», para ocuparse principalmente de los otros sujetos que le habrían venido a reemplazar en las posiciones de preeminencia de la nueva sociedad postindustrial, los trabajadores de «cuello blanco».

Ni que decir tiene que la falacia implícita en esto último, en el sentido de que el trabajo de «cuello blanco» sea completamente diferente al de «cuello azul», cuando ambos comparten la misma esencia de la división del trabajo industrial que fragmenta el proceso productivo e impide al trabajador el dominio y la comprensión

completos del propio proceso de producción, se suma a la otra más general que pretende establecer limitaciones y restricciones en el objeto de estudio de la antropología. Aunque parezca inaudito tener que recordarlo aún a estas alturas, está claro, o debería estarlo, que no existe parcela de la realidad social que constituya el patrimonio exclusivo de una determinada disciplina. En ese sentido, la antropología social no debe, por supuesto, proceder a legitimar sus objetos de estudio según el modelo caricaturesco que se ha presentado más atrás. Cosa distinta a esta pretensión ambiciosa, que no pedante, que se sigue de esto y que forma parte esencial de la misma naturaleza holística de la disciplina es el hecho de que la apuesta no deba suponer un esfuerzo por parte de los antropólogos que la acepten para adaptar y refinar el instrumental técnico-metodológico característico de la disciplina, el trabajo de campo, a situaciones y niveles de complejidad más amplios que los tradicionalmente abordados, así como para llevar a la práctica la virtud poco común del diálogo interdisciplinario tanto en el plano teórico como en el metodológico. La antropología, de suyo, puede realizar aportaciones sin duda valiosas al análisis de la problemática industrial, por referimos sólo al eje temático que ha constituido la base de este artículo. Ejemplo de ello sería la adopción de una perspectiva holística para abordar dicha problemática que permitiera superar mediante el enfoque integral de los problemas la marcada especialización de las diversas disciplinas que se ocupan del estudio del trabajo y sentar las bases para no caer en la realización de análisis de fenómenos laborales separadamente del medio social en el que se producen, como sucedió por ejemplo en la mayoría de las citadas investigaciones producidas entre 1930 y 1950 en donde la empresa era considerada como una unidad aislada y la fábrica como una comunidad, como una pequeña sociedad. Otra posible contribución de la antropología a este terreno estaría en la aportación de una perspectiva científica con la que enfatizar la importancia de la cultura, esto es, trabajar en la construcción de un ámbito problemático que le es propio, el de la cultura, en la línea por ejemplo del concepto potencialmente muy operativo de «culturas del trabajo» propuesto por I. Moreno (1991:617-620) y P. Palenzuela (1995). El uso, en fin, de técnicas cualitativas como la observación participante o los distintos tipos de entrevista que

permitan poner de relieve y comprender con detalle las perspectivas de los actores protagonistas, la perspectiva emic, así como el contraste entre las prácticas y las ideologías puede constituir otro de los aciertos nada despreciables de una aproximación a la realidad laboral industrial desde la antropología.

No debemos ni podemos olvidar, aunque se haya hecho reiteradamente de forma consciente o inconsciente y quizá un tanto interesada y malintencionadamente por parte de propios y extraños, que contamos para ello con la inestimable lección de aquellos antropólogos norteamericanos del período 1930-1950, pioneros en este terreno, así como con una serie de propuestas diversas, que aprovechando la licencia que me he permitido de abordar el tema inicial de mi aportación —los obreros— desde el marco más general en el que dicho tema se inscribe, el de la antropología del trabajo industrial, han ido apareciendo diseminadamente a lo largo del texto. Lecciones y propuestas que aunque, para el primer caso, deban ser necesariamente revisadas y superadas y, para el segundo, resulte evidente que por lo general son aún muy incipientes y a veces un tanto pusilánimes constituyen ciertamente una apuesta firme e imprescindible para el futuro de la disciplina.

## NOTAS

\* Este artículo es una reproducción autorizada del aparecido en el libro editado por Joan Prat y Angel Martínez, *Ensayos de Antropología Cultural*, publicado en Barcelona, Ariel Antropología en 1996 (pág. 139-146).

<sup>1</sup> W. Lloyd Warner fue requerido como consultor para el proyecto Hawthorne en 1931, participando en el diseño de los experimentos que pretendían evaluar el impacto del grupo sobre el individuo. Warner, estudiante de Radcliffe-Brown, Malinowski y Lowie, sugirió, en línea con sus maestros, que el grupo de trabajo podía ser examinado como una pequeña sociedad, siendo posible su estudio, por tanto, mediante el uso de las técnicas de observación propias del trabajo de campo.

La experiencia de Warner es paradigmática en relación a alguno de los aspectos sobre los que se reflexionará en estas páginas. El antropólogo norteamericano, en efecto, en el momento de incorporarse al citado estudio hacía poco que había regresado de realizar trabajo de campo entre los Murngin, en Australia, pero estaba muy interesado en el desarrollo de vías que permitieran el uso de la antropología para el estudio de las sociedades modernas (Holzberg y Giovanni, 1981:319; Schwartzman, 1993:9).

<sup>2</sup> No es casualidad que muchos de los antropólogos asociados a la Escuela de Relaciones Humanas fueran los responsables de la creación de la Society for Applied

Anthropology. En la primera reunión de esta sociedad, celebrada en la Universidad de Harvard el año 1941, destacaron precisamente dos comunicaciones pertenecientes al campo de la «etnología industrial»: «The Application of Anthropology to Industry», de C. Arensberg, y «Organization Problems in Industry», de E. D. Chapple.

<sup>3</sup> En la década de los cincuenta, en Estados Unidos, existía la creencia generalizada de que los investigadores que hacían trabajo de campo en el propio país, por contraste con aquellos que lo realizaban en el extranjero, no eran auténticos antropólogos.

<sup>4</sup> Una buena muestra de estos trabajos, para el ámbito de Estados Unidos, lo constituye el especial «Industrial Ethnology», de la revista *Anthropological Quarterly* [50 (1):144] publicado en 1977, con contribuciones de C. A. Clinton, E. C. Gamst, L. S. Kemnitzer, M. E. Smith, P. Tway y D. H. Williamson, así como las investigaciones de J. Nash (1979) o L. Lamphere (1979) entre otras.

<sup>5</sup> S. J. Taylor y R. Bogdan justifican precisamente la concentración de la investigación en ciencias sociales entre los que no tienen poder, puesta de manifiesto en la evidencia de que contemos con muchos más estudios sobre trabajadores que sobre gerentes de corporaciones, más sobre pobres y desviados que sobre políticos y jueces, en el hecho de que es menos probable que los grupos poderosos de nuestra sociedad autoricen el acceso de los investigadores al conocimiento de sus circunstancias vitales y profesionales, con lo cual puede acabar sucediendo que «los investigadores exponen las faltas de los débiles, mientras que los poderosos permanecen intocados» (1992:47).

<sup>6</sup> No es ésta la única aportación del autor a este ámbito. Como es sabido, en 1973 C. Esteva publica su *Antropología Industrial*, libro al que nos referiremos más adelante. Uno de los capítulos de este libro, «Las máquinas nuevas y el trabajo obrero» (1984:239-246), presenta precisamente una experiencia llevada a cabo en una fábrica textil mexicana.

<sup>7</sup> No pretendo, ni mucho menos, ser exhaustivo en este punto, como tampoco ha sido ésta mi intención en los casos analizados anteriormente. La única pretensión que persigo es ofrecer algunos datos generales sobre el tema, puesto que ni la extensión de este artículo ni la información que poseo hacen recomendable una mayor prodigalidad de datos y referencias, que sirvan para sustentar adecuadamente la argumentación que trato de suscribir en este trabajo.

<sup>8</sup> Las aportaciones de la etnología francesa contemporánea a este campo no se reducen únicamente a este tipo de orientación cuya muestra más representativa lo constituye el conjunto de trabajos recogidos en el libro colectivo titulado *Cultures du travail* publicado en 1989. El trabajo de F. Weber (1989) es un buen ejemplo de adopción de una perspectiva un tanto diferente a la del texto citado.

<sup>9</sup> P. Palenzuela (1995:23) atribuye esta falta de respuesta, concretamente al trabajo de Esteva, a la orientación psicologista de la propuesta y a su pretensión de aplicación asistencialista. El libro de C. Esteva, ciertamente, evidencia una relación con planteamientos que pudieran considerarse propios de la psicología industrial o del trabajo, aunque tampoco faltan en el mismo referencias a aportaciones de otras disciplinas como la sociología o la propia organización de empresas. En este sentido bien puede considerarse la obra de Esteva como de continuidad del espíritu y los planteamientos de la Escuela de Relaciones Humanas, fundada, como se ha visto, sobre una base interdisciplinaria

y además con un interés especial en la aplicabilidad del trabajo del antropólogo a la problemática industrial, una de las razones, por cierto, que como ya se ha señalado parece ser que determinaron su fracaso dentro de la antropología a comienzos de los años cincuenta.

<sup>10</sup> Por poner tan sólo un ejemplo ilustrativo de esto, que lógicamente debe y puede comprobarse analizando el conjunto de la producción bibliográfica de los antropólogos españoles, en el libro relativamente reciente editado por J. Prat, U. Martínez, J. Contreras e I. Moreno, *Antropología de los Pueblos de España* (1991), en el apartado dedicado a las «Estrategias de producción: Ecología, tecnología y trabajo» aparecen distintos artículos que se ocupan respectivamente de una explotación salinera, de los pescadores de la Albufera, de la ecología y el trabajo en un concejo asturiano, de los jornaleros andaluces y de la cría de ganado vacuno entre los vaqueiros de alzada.

Quizá también resulte significativo apuntar que las citadas excepciones a este tipo de planteamiento, en el sentido de abordar temáticas relacionadas con la problemática del trabajo industrial, han tenido su origen en autores y/o trabajos pertenecientes o relativos a Cataluña, una de las zonas, como es sabido, más tempranamente y mayor industrializadas del Estado español.

<sup>11</sup> Pueden citarse, por ejemplo, los trabajos de S. Narotzky (1988), G. Sanz (1990) o los de U. Martínez Veiga (1989 y 1995). Es significativo, por ejemplo, que a finales de los ochenta, en el marco del área de antropología de la Universidad de Barcelona en Tarragona, se llevaron a cabo sendos estudios solicitados y financiados por instituciones públicas (Ayuntamiento de Tarragona e INEM) sobre la situación sociolaboral de la mujer en Tarragona, con un énfasis importante en la economía irregular, y sobre la situación y las perspectivas de los oficios tradicionales y artesanales en Tarragona, dirigidos respectivamente por Dolors Comas y Félix Pastrana.

El trabajo citado de F. Weber (1989), si bien desde una perspectiva nada restrictiva y con un planteamiento muy interesante que relaciona el ámbito del trabajo industrial con prácticas cotidianas realizadas fuera de la fábrica, incide también en la atención a un tipo de actividades, lo que la autora denomina *le travail à côté*, de carácter más bien artesanal.

<sup>12</sup> La estructura temática inicial de esta obra constituye un buen ejemplo de esta división pero también ofrece indicios bastante esperanzadores de superación de la misma. Así, en el apartado dedicado a las dimensiones materiales y económicas, junto a los «tradicionales» campesinos y pescadores se reserva un subapartado, teóricamente llenado con el presente artículo, a los obreros, en tanto que dentro del apartado reservado al estudio de las sociedades complejas aparecen nada menos que dos trabajos dedicados respectivamente a la antropología del trabajo y a la antropología de la empresa. Sin duda se trata de un importante paso adelante (cfr. nota 10).

## BIBLIOGRAFÍA

- BELL, D. (1976): *El advenimiento de la sociedad post-industrial*, Madrid, Alianza.
- BURAWOY, M. (1979): «The Anthropology of Industrial Work», *Annual Review of Anthropology*, 8-231-266.
- CLINTON, C. A. (1977): «The use of cultural ecology in an urban occupational group», *Anthropological Quarterly*, 50 (1):39-44.
- COMAS D'ARGEMIR, D. (1990): «Trabajo, ideología y divisiones sociales: las representaciones ideológicas en la segregación laboral», Ponencia V Congreso de Antropología, Simposium: Antropología Urbana, Granada (mimeografiado).
- ERBES-SEGUIN, S. y OLLIER, P. (1978): *Sociología del trabajo*, Madrid, Pirámide.
- ESTEVA-FABREGAT, C. (1955): «La dinámica del carácter social (bases para la interpretación de la personalidad del obrero mexicano)», tesis de maestría en Ciencias Antropológicas, México, DF, ENAH.
- (1984) (1973): *Antropología industrial*, Barcelona, Anthropos.
- GAMST, F. C. (1977): «An integrating view of the underlying premises of an industrial ethnology in the United States and Canada», *Anthropological Quarterly*, 50(1): 1-8.
- GARMENDIA, J. A.; NAVARRO, M. y PARRA LUNA, F. (1987): *Sociología industrial y de la empresa*, Madrid, Aguilar.
- GODELIER, M. (1980): «Una antropología de la sociedad capitalista», Actas del I Congreso Español de Antropología (1977), Barcelona, Universidad de Barcelona, pp. 15-22.
- HOLZBERG, C. S. y GIOVANNI, M. J. (1981): «Anthropology and Industry: Reappraisal and New Directions», *Annual Review of Anthropology*, 10:317-360.
- INFESTAS GIL, A. (1993): *Sociología de la Empresa*, Salamanca, Amarú.
- KEMNITZER, L. J. (1977): «Another view of time and the railroader», *Anthropological Quarterly*, 50(1):24-29.
- LAMPHERE, L. (1979): «Fighting the piece-puts system: New dimensions of and old struggle in the apparel industry», en A. Zimbalist (ed.), *Case Studies in the Labor Process*, Nueva York, Monthly Rev. Press.
- LÓPEZ PINTOR, R. (1990): *Sociología Industrial*, Madrid, Alianza Universidad.
- LUCAS MARÍN, A. (1981): *Sociología de la Empresa*, Madrid, Ibérico Europea de Ediciones.
- MARTÍNEZ VEIGA, U. (1989): *La economía sumergida*, Barcelona, Anthropos.
- (1995): *Mujer, trabajo y domicilio*, Barcelona, Icaria-ICA.
- MENÉNDEZ, E. L. (1977): ««Nuevos» objetos de estudio en la Antropología Social», Los procesos de cambio, Actas de la XV Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología, tomo III, pp. 75-82.
- (1991): «Definiciones, indefiniciones y pequeños saberes», *Alteridades*, 1(1):21-32.
- MORENO, I. (1991): «Identidades y rituales», en J. Prat, U. Martínez, J. Contreras e I. Moreno (eds.), *Reinventing anthropology*, Nueva York, Random House.
- NAROTZKY, S. (1988): *Trabajar en familia. Mujeres, hogares y talles*, Valencia, Institució Alfons el Magnànim.
- NASH, J. C. (1979): «The anthropology of the multinational corporation», en G. Huizer y B. Mannheim (eds.), *The politics of anthropology: From colonialism and sexism toward a view from below*, París, Mouton, pp. 421-446.
- NIETO, R. (1994): «Antropología del trabajo industrial», *Sociología del Trabajo*, 22:29-44.

- PALENZUELA, P. (1995): «Las culturas del trabajo: Una aproximación antropológica», *Sociología del Trabajo*, 24:3-28.
- PRAT, J., MARTÍNEZ, U., CONTERAS, J. y MORENO, I. (eds.) (1991): *Antropología de los Pueblos de España*, Madrid, Taurus.
- SANZ, G. (1990): «Estratègia empresarial i relacions laborals: cultura i treball en una indústria informal», en P. Jódar (ed.), *Organització de la producció i relacions laborals e les empreses. Cinc estudis empírics*, Vic, Eumo, pp. 83-93.
- SCHWARTZMAN, H. B. (1993): *Ethnography in Organizations*, Newbury Park, Sage Publications.
- SMITH, M. E. (1977): «Don't call MY boat a ship!», *Anthropological Quaterly*, 50(1):9-17.
- TAYLOR, S. J. y BOGDAN, R. (1992): *Introducción a los métodos cualitativos de investigación*, Barcelona, Paidós.
- TERRADAS, I. (1979): *Les colònies industrials*, Barcelona, Laia.
- TOURAINÉ, A. (1973): *La sociedad post-industrial*, Barcelona, Ariel.
- TWAY, P. (1977): «Industrial ethnology and changing conditions in the work environment», *Anthropological Quaterly*, 50(1):19-24.
- VV.AA. (1989): *Cultures du Travail*, París, Ethnologie de la France, cuaderno 4, Éditions de la Maison des sciences de l'homme.
- WEBER, F. (1989): *Le travail à côté. Étude d'ethnographie ouvrière*, París, École des Hauts Études en Sciences Sociales.
- WILLIAMSON, D. H. (1977): «Some effects of social and economic changes on Gyppo loggers», *Anthropological Quaterly*, 50(1): 31-38.

